
Ganador de la II edición del Concurso de Relato Breve “Oswaldo Soriano”, realizada en 2014, en la categoría mayor de 31 años.

El otro lado

de Federico Novak

Cuando un ojo está en la cerradura, el otro ojo le duele; y el dolor de ese otro ojo se convierte, también, en un dolor de todo el cuerpo, de todo el resto del cuerpo, excepto del ojo que espía, que sin ver del todo imagina un entorno para la imagen parcial.

Desde hace poco tiempo usa una banqueta, sentada sobre ella espía con mayor calma y eficiencia. Acuclillada, en cambio, pierde el equilibrio del cuerpo y corre el riesgo de golpear la puerta; también es cierto que le duelen las rodillas y aunque a veces del otro lado se escuchan golpes, lo que ella ve o cree ver es sólo una rodilla que tiembla, la parte posterior de una rodilla que tiembla, arrinconada contra la cerradura por la que ella espía. No se puede definir acabadamente cuál es el otro lado, a qué nos referimos cuando nombramos uno de los dos lados de la puerta en términos de “el otro lado”, y por qué debiera denominarse obligadamente como “el otro lado”, aquél lado que ella no ocupa. De repente no se oye nada, salvó un bullicio de niños que juegan –a veces la violencia es, sonoramente, un canto de pájaros–; sin embargo en el agujero se percibe una vibración violenta. Ella observa la escena, está como secuestrada por su indiscreción, observa lo que no se ve del todo, lo que no se sabe si en verdad sucede, pero se percibe claramente.

Ahora le duelen mucho los brazos, intenta descansarlos contra el cuerpo. Sentada en la banqueta quiere darse vuelta y descansar la espalda contra la puerta y los brazos, contra el cuerpo; quiere descansar las manos sobre los muslos y desadormece los pies encorvando los empeines. Le duele el cuerpo por indiscreta, por las posiciones de la indiscreción, porque no descansa bien a causa del bullicio de los niños, de la violencia del canto de los pájaros. La cabeza le duele también, la cara como entumecida se le adormece entre inflamaciones. Hace mucho calor, pero no puede dejar de espiar; y entonces arremete, cambia de ojo, usa el dolorido para tener una segunda opinión de esa violencia que se percibe al otro lado de la puerta, y si bien es cierta la música de niños que juegan, también es cierto que hay una rodilla que tiembla y eso da miedo y ganas de seguir mirando. No pasan autos, los ascensores se detienen, no se imprimen diarios, nadie cocina, la voz del pueblo se calla para siempre y el jardín de infantes, al lado del jardín de infantes, por el agujero de la cerradura, tiembla una rodilla, se oyen unos gritos, unos golpes y luego todo se diluye en el canto de unos pájaros, en un juego de niños.
